

TENTACIÓN DE LUNA

EL niño se la bebió.
Y nadie quiso crearlo.

Era tan linda, tan linda
como sus dos ojos negros.

Al verla, la tentación
puso en sus labios un beso.

Y el niño le dijo: ¡ven!
Y ella repuso: ¡no quiero!

La codicia dibujaba
en su boca aquel beso.

Alargando sus manitas
cogióla por los cabellos.

¡Qué rubia estaba, que rubia,
hilando largos deseos!

Primero probó un poquito.
Probó otro poquito luego.

¡Cuánto almíbar en la espuma
de aquel rayito tan trémulo!

Estaba la luna, estaba
sabrosa como los vientos.

Y el niño se la bebió.
Y nadie quiso crearlo.

EMILIO PÉREZ ISCLA

vés de la anécdota de cada día, procuramos totalizar en una carrera siempre igual la conquista de lo infinito de la categoría. Y el arte es nuestro punto de partida. Nada más humano y más divino, nada tan polarizado como ese impulso pan-teísta de buscar la Verdad Universal a través del mundo no menos universal e inmortalmente eterno de los sentimientos. Nada más completo también. Y es lo que trataré brevemente aquí, más que buscar las soluciones categóricas a través de una idea y de un valor. Eso es menos íntimo que el mundo sentimental puramente. Y por eso no dudo en que no tendrás reparo de que lo exponga a la pública discusión. Aunque reconozco que es difícil separar en el alma humana los dos conceptos, pues yo creo que conocemos el mundo y las ideas a través de sentimientos y sensaciones y sólo así la vida adquiere la magnífica síntesis de la polarización equilibrada, sólo así la vida es bella, en cuanto es sentida, bella con los matices de una gran obra arquitectónica (línea, sentimiento idea y geometría) iluminada por los rojos rayos de una medi, terránea puesta de sol otoñal. Sé que en nuestras ideas ponemos sentimientos, pues sólo así las amamos y las poseemos totalmente. Sin pasión no hay placer y sin placer no hay vida. Y esta vida será tanto más grande cuanto más esté regida por la fuerza de una luz superior que la lleve a superarse continuamente, a la conquista de los inmutables, eternos valores. Hoy escribiría sin parar. No me siento excesivamente caritativo para el lector. Te pido perdón y voy a intentar de una vez, elevar el hecho aparentemente intrascendental de ver un «film» (el arte de nuestros tiempos) a la afirmación de un ideal de universal significado. Lleguemos a unir una película de nuestros días al libro no acabado de la cultura, por ser cultura, universal.

«Carnet de Baile»: Yo no hablaré de la técnica, que en sí es una realidad optimista, más que una simple esperanza para las grandes posibilidades del cinema europeo. No hablaré de los magníficos paisajes de la bella Italia, dulces en sus ténues brumas silenciosas sobre los lagos inmóviles, maravillosos en su aire de apacible ensueño, con el mármol de los palacios d'anunzianos reflejando en las aguas, con las pérgolas pesadas de tupidas enramadas y de flores. No hablaré de los intérpretes. Ello solo nos mereció un aplauso breve y cálido, una admiración callada y entusiasta, una felicitación cordial. Os hablaré de lo que después, Marcos y yo, al salir del local hablamos como solemos hacer tantas veces: con el puro y alentador sentido de la amistad, con la efusión del intercambio de ideas que son las flores del «mundo vivido» que llevamos dentro. Porque pensar, es haber experimentado, es haber vivido.

Y hablamos del fondo de la obra sin fijarnos en la exageración de ciertos detalles, hecha quizá para ser más visiblemente captados y asimilables al gran público. Quizá había un fondo excesivamente pesimista en el fin de los inscritos en el blanco carnet. Pero ello no priva que elevándonos del detalle, los fundamos todos en una sola idea. Y que sea esta la que discutamos.

Y dije: Vivir del recuerdo es caer, es degradarse. La protagonista, no tuvo por sí el coraje de enfrentarse con la vida en un impulso hacia adelante, y, vacilante, excesivamente femenina, se refugió en unos queridos recuerdos de su bella juventud que no vivió y quiere volver a ser joven recogiendo, reviviendo en pasadas encarnaciones, un presente que quisiera igual a tiempos transcurridos.

(Continuará)

JOSÉ RIERA Y CLIVILLÉ

DIVAGACIONES ACERCA DE UNA PELICULA

CONVERSANDO SOBRE "Carnet de Baile"

DICE un filósofo de nuestros tiempos y yo creo que repitiendo y asimilando lo que desde Atenas se practicó de manero insuperable, que la conversación es el arte más humano de todos los siglos. El intercambio espiritual como forma antiegoística del desenvolvimiento de las actividades del alma, tiene su compensación, además del placer de experimentar fuera de uno mismo lo que en sí mismo ya justificaría esa actividad, en un mayor afilamiento de los conceptos, en una amplitud sin comparación de horizontes, inalcanzables desde el punto de vista puramente personal. La conversación consigo mismo, aunque la ayuda la mas equilibrada imaginación, cosa casi siempre inasequible, no lleva a la divagación universal a que conducen los intercambios sinceros de dos almas que se comprenden en elevación, aunque sean fundamentalmente diferentes. Estar sólo es morir. Morir moral y espiritualmente. Por eso, he llenado las páginas de uno de esos momentos, amigo Marcos, en que los dos, a tra-